RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Villanueva, Ernesto F.

Tecnología y utopía

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Villanueva, E. F. (1995). Tecnología y utopía. Redes: revista de estudios sociales de la ciencia 2(5), 163-167. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/452

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

Tecnología *y* utopía

*Ernesto F. Villanueva**

Recurrentemente, a lo largo de la historia de la humanidad, se producen polémicas acerca de determinados temas o problemas que, en sí, encierran y sintetizan cosmovisiones alternas sobre la marcha del hombre y su fututro deseable.

Tal el caso de la discusión, en el seno de la filosofía política, entre aquellos que privilegian la libertad frente a los que ponen por delante la justicia. No sólo es una de las diferencias centrales entre los esquemas de pensamiento de Platón y Aristóteles; es también la polémica actual que se da entre los seguidores de Rawls y aquellos que hacen hincapié en la comunidad como fuente legitimadora de la justicia.

En esas controversias suele identificarse la marcha de los hechos, la descripción de lo que ocurre, con su deseabilidad. Por supuesto, que los diagnósticos no pueden ser entendidos sino en el marco de los proyectos, se ha sostenido muchas veces a la hora de discutir la relación entre ciencia e ideología.

Sin embargo, no es menos cierto que diagnosis es un momento en el que los elementos de análisis y de valores se combinan de un modo diferente al que lo hacen a la hora de elaborar un proyecto o, para afirmarlo más fuertemente, una utopía. Mientras que la primera privilegia el primer aspecto, la segunda, el segundo.

Pero esta clasificación, tan sencilla en apariencia, encuentra mil dificultades a la hora de su aplicación. Al respecto, es bueno recordar lo acaecido con las interpretaciones de la frase de Hegel, todo lo racional es real, por parte de los propios hegelianos. ¿La razón consiste en descubrir la racionalidad de la realidad actual? O, por el contrario, ¿la racionalidad contiene un conjunto de parámetros -externos o previos a la realidad actual- a partir de los cuales pude medirse la racionalidad de lo real?

* Profesor titular de Sociología, Universidad Nacional de Quilmes.

Y en el debate contemporáneo sobre el signo de la tecnología, aparecen tentaciones muy fuertes. De un lado, los optimistas; todo lo real es racional: lo dado, dado está y está bien. Del otro, los pesimistas. Si un griego ya había pedido una palanca para mover el mundo, ¿cómo no va a ser posible hoy evitar los males que acarrea una tecnificación deshumanizadora?

Estos últimos parecen amparase en una denuncia ya formulada por Castoriadis: el tipo ontológico representado por el hombre no puede reducirse a la física o a la biología. En lugar de entender al hombre a partir de los paradigmas de aquellas ciencias, podríamos postular que un poema, un sueño, una sinfonía, una construcción utópica, constituyen formas paradigmáticas del ser y considerar al mundo físico como un modo deficiente.

Los pesimistas hacen hincapié en una cuestión indubitable. Podemos afirmar que los tiempos que vivimos se definen por la paradoja. Revolución, en el sentido de cambios acelerados y destructores del orden pasado, y conservadurismo, en el sentido de los actores principales del proceso, del contenido antipopular de las transformaciones. Hechos sin palabras en una época en que la ciencia social reifica la lengua y la comunicación.

Ambos ejes: revolución/conservadurismo, acciones/palabras, parecen dejarnos sin teoría. La anterior había construido una lógica cuyo estallido y fragmentación nos arrebata todo significado humano del camino. Las mutaciones se suceden en el seno del desconcierto de los actores. Siempre se ha dicho que los hombres hacen la historia sin tener plena conciencia de ello, y la frase hoy es más cierta que nunca.

Sin embargo, hay un aspecto que destaca en la confusión: la decadencia de las utopías. Los cambios no se están produciendo en nombre de un futuro mejor, con algo de idílico o paradisíaco. Las transformaciones se efectúan en nombre de la naturaleza o, lo que es peor, en nombre de la tecnología. Existe algo así como un pudor o un miedo que impide pensar en el futuro, que no permite incorporarlo a la lógica de una teoría social.

No ha ocurrido lo mismo en otras épocas. Antes bien, casi todas las grandes teorías sociales se han caracterizado por haber incorporado en su seno una dimensión utópica. Platón, Marx, Durkheim son elocuentes testigos al respecto. Marx explica los sufrimientos actuales de la población de la India en función de una necesidad futura. Durkheim nos consuela mostrando que la tasa de suicidios se relaciona con la insuficiencia de un futuro que, inexorablemente, ha de llegar.

Esta cuestión, que denomino dimensión de futuro, y no utopía, puesto que ésta es una de las formas en que se expresa aquella pero no la única, configura un elemento clave para entender la ya trillada crisis de los paradigmas. Sería posible una historia, y el análisis consiguiente, de cómo el pensamiento social incorpora esta dimensión en sucesivos momentos de la humanidad. Por supuesto, el modo de incorporación no ha sido siempre el mismo ni ha tenido la misma significación ni el mismo peso.

Justamente, lo que quiero destacar de la época actual es que el modo de incorporaciaón que se está dando es el de la negación, el del silencio al respecto.

Algunos autores tienden a sostener que ésta es una característica, más bien, la característica de la posmodernidad. Según ellos, lo que la distinguiría en relación con la modernidad es que ésta justifica la historia en función del futuro -el cristianismo es uno de los modos de la modernidad, v.g.-, mientras que la posmodernidad rechaza esa alternativa y opta por otras justificaciones, en general, una pléyade de minijustificaciones.

Ahora bien, el hombre sólo existe en la sociedad; y ésta siempre es histórica. Las sociedades se mantienen unidas a través de normas, valores, lenguajes, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y conformarlas, incluyendo al individuo mismo, mecanismos, éstos, productos y creadores de un devenir histórico.

De ahí que toda sociedad sea una articulación siempre cambiante de coerción y consenso. El desarrollo tecnológico acelerado al que asistimos no queda fuera de esta articulación. Consenso, porque supone un conjunto de mejoras materiales para una cantidad creciente de seres humanos. Coerción, porque destruye modos preexistentes de relaciones humanas y fuerza a su reemplazo.

Ahora bien, esa combinación de coerción y consenso también conforma y forma la materia prima humana en individuo social. El mismo estructura y se estructura a través de una urdimbre compleja de significaciones sociales que empapan, orientan y dirigen la vida de la sociedad.

Esas significaciones son, por ejemplo, espíritu, Dios, ciudadano, dinero, pecado, partido, polis, etc. Pero también hombre, mujer, cosa, herramienta, tecnología. Esas significaciones no quedan agotadas por los elementos reales a los que dicen referirse.

Las mutaciones tecnológicas modifican los estilos de vida preexistentes a la vez que las utopías del siglo xx se han derrumbado. De ahí esta naturalización de los cambios, esta sensación, propia del me-

dioevo, de que el futuro del hombre está en manos de Dios (a diferencia de lo que ocurría hace mil años, esta vez Dios se llama tecnología), y, que, por ende, debemos encomendarnos a él.

Y aquí, de nuevo, las bifurcaciones. "Es la voluntad del Señor", sostienen algunos: todo cambio tecnológico está justificado y lleva a un orden predeterminado, aunque lejos del alcance de nuestro raciocinio. Pero también están los que se alzan frente a ese destino que excluye nuestras voluntades, los que se refugian en el pasado, los que denuncian la destrucción de la naturaleza, las formas modernas de terrorismo norteamericano antitecnológico, etc., etcétera.

Por eso, lo que se discute cuando se discute alrededor de las transformaciones tecnológicas no es otra cosa que la vieja polémica acerca de la legitimidad de los cambios.

Mal que nos pese, estamos transitando un cambio civilizatorio. Con Gutemberg, fue de la cultura escrita a la impresa. Hoy, pasamos de la cultura impresa a la audiovisual. Por supuesto, no hay nada en la naturaleza que obligue a tal mutación. Pero la misma es condición de posibilidad material para la existencia física de los miles de millones de seres humanos que habitamos la Tierrra. A mi juicio, es posible resistir y rechazar esta mutación, sólo planteo que no es deseable.

No puedo saber si es un avance o un retroceso de la humanidad. Eso sí, sin estas trasnformaciones no sería posible esta cantidad de habitantes. Quizá, la justificación no es profunda ni sofisticada. Pero las otras soluciones, que, en general, implican retornos (al pasado, a la naturaleza, etc.) requieren, para su concreción, una disminución neta del número de seres humanos en el planeta, una reducción de las poblaciones urbanas y una disminución de las interacciones entre los seres humanos.

Por cierto, estos cambios suponen pérdidas. Imaginemos lo que habrán sufrido los copistas de la edad media, hoy mismo miramos con envidia las mayúsculas de aquel entonces. Incluso, puede afirmarse que no todas esas pérdidas son ineluctables o necesarias, en el sentido lógico del término.

La más obvia es esa sensación de que la única ideología posible es la endiosación de la tecnología. Ello no ocurrirá para siempre (el fin de las ideologías, al fin y al cabo, no es otra cosa que otra ideología), más aún, el acelerado cambio tecnológico no es el único factor que lleva al esquema legitimador actual: el debilitamiento de las utopías, la desconfianza en la razón, el futuro sin futuro, el economicismo primitivo, no son consecuencias imprescindibles y deducibles de estas mutaciones materiales.

Más aún, en el pasado, el ser humano ha atravesado modificaciones más importantes que en la actualidad (sin ir muy lejos, en el siglo xvi el universo europeo descubrió que había otra humanidad), y ello fue acompañado de una proliferación de sueños integradores, de esquemas de futuros mejores, etcétera.

Por ello, cuando nos preguntamos qué es lo que hace nacer formas de sociedad diferentes y nuevas, no podemos reducirnos a un sobredimensionamiento de los factores materiales, sino más bien centrarnos en cómo el ser humano procesa los mismos. No es de hoy que estamos "determinados" por la tecnología, que superamos el estado de naturaleza. Con ser nuevos, los problemas actuales se inscriben en un proceso histórico.